

Y al fin, — ¡niños! — prorrumpió  
— después de círculos tantos,  
podréis saber más que yo  
leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico  
cómo puede ser que sea  
mucho más sabio que Vico  
el sacristán de una aldea.

## LXXIV

## LA HISTORIA DE AUGUSTO

## I

A Ovidio empieza á leer  
su historia el Emperador,  
pues dice que quiere ser,  
cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,  
que de su provecho en pos,  
pérfido antes, se hace Rey,  
necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba  
sus faltas cándidamente,  
cosas que Ovidio escuchaba  
con el rubor en la frente.

— ¿Verdad que al mundo hará honor  
la que llamo *era Juliana?* —  
dijo á Ovidio, el salteador  
de la libertad romana.

Con un dictamen muy justo  
quiso Ovidio honrar su labio;  
porque al fin perdona Augusto,  
después que se venga Octavio.

Y — francamente, señor, —  
dijo, de modestia lleno,  
— si sois bueno como actor,  
como autor no sois tan bueno.

— Ó — con altivo semblante  
replicó el Emperador  
— que soy muy buen comediante,  
pero muy mal escritor.

Selló el Rey su augusto labio,  
calló Ovidio, no sin susto,  
pues siempre al fin vengó Octavio  
los disimulos de Augusto.

## II

Cayó Ovidio en el desliz  
de llamar, poco después,  
á Livia, la Emperatriz,  
«Ulises con guardapiés.»

Tuvo el Rey por ofensivo  
este madrigal tan bello,  
tomando esto por motivo  
para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto  
de la Circasia á un rincón,  
como buen tirano, injusto;  
falso, cual buen histrión.

## III

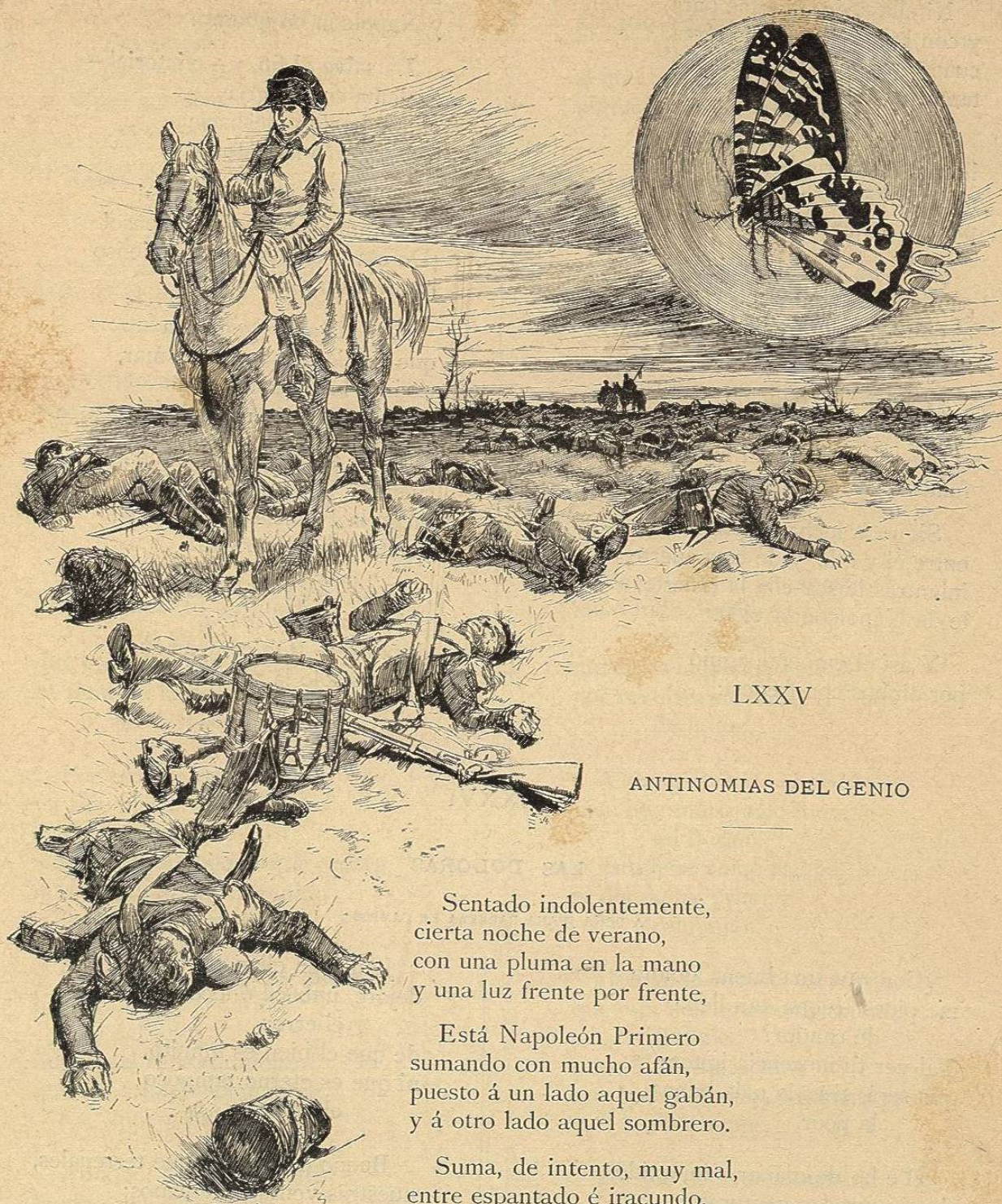
Muriendo Octavio inmortal,  
entre grandes dignos de él,  
les pregunta así: — ¿Qué ta  
representé mi papel?

Y contesta Ovidio á Octavio  
desde la orilla del Ponto:  
— Representó como un sabio  
lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;  
pereció Augusto, el sagaz;  
el que dió la paz al mundo,  
ya ha dejado al mundo en paz.

Con que, *¿qué tal?* Lo repito  
con más razón que despecho:  
has hecho muy bien lo escrito,  
y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.  
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*  
Como cómico, muy bien;  
como Emperador, muy mal.



LXXV

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,  
cierta noche de verano,  
con una pluma en la mano  
y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero  
sumando con mucho afán,  
puesto á un lado aquel gabán,  
y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,  
entre espantado é iracundo,  
todas las muertes que al mundo  
costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir  
llega una cifra espantosa,  
se lanza una mariposa  
sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,  
sintió el héroe compasión;  
que al fin, aunque Napoleón,  
era un hijo de mujer;

Y con benévola calma  
la separó dulcemente,  
pues los que matan la gente  
pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*  
pudo á los hombres llamar,  
ve á un insecto peligrar,  
con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se para,  
y con la intención más terca,  
cuanto más ella se acerca,  
tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador  
llorara de sufrir tanto,  
si él pudiera tener llanto  
para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,  
¿no había de enternecer  
al que acababa de hacer  
del universo un botín?

¡Y luego la coalición  
dirá que no era perfecto  
el que en salvar á un insecto  
funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida  
entre él y ella, y de esta suerte,  
mientras busca ella la muerte,  
le da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió  
por ambos con frenesí;

la mariposa en que sí,  
y Napoleón en que no.

La salva al fin, y — ¡victoria! —  
exclama con alegría  
el que hacía y deshacía  
á cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!  
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!  
¡De esa acción suba el incienso  
hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa  
que vertió de sangre un mar,  
¿cuánto luchó por salvar  
la vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad  
cuenta á la Francia la gloria,  
luego la Francia á la historia,  
y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,  
pobre *carne de cañón*,  
dí por él: — ¡Oh compasión,  
tú eres sólo la virtud!

## LXXVI

## LAS DOLORAS

A DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS

¿Con que una buena dolora  
me pides, Juana, tan llena  
de candor?  
Tal vez tu inocencia ignora  
que será, si es la más buena,  
la peor.

¿Te he de alabar, fementido,  
desventuradas venturas  
que gocé,  
y amores que he aborrecido  
é inagotables ternuras  
que agoté?

Perdona si en mis doloras  
siempre mi pecho destila  
la ansiedad  
de unas sombras vengadoras  
que asaltan mi no tranquila  
soledad.

Jamás en ellas escrito  
dejaré, imbécil ó loco,  
el error  
de que el bien es infinito,  
ni que es eterno tampoco  
el amor.

Bueno es que, aunque terrenales,  
nuestras venturas amemos;  
pero ¡ah!  
bienes de acá son mortales,  
¡la dicha y el bien supremos  
son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados  
da el ver, desde la rendida  
senectud,  
los tesoros disipados  
de la por siempre perdida  
juventud!

¡Qué manantial tan fecundo  
de engañosas esperanzas  
es amor!  
¡Qué doctor es tan profundo  
en útiles enseñanzas  
el dolor!

¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,  
falta al deber más sagrado!  
Y es de ver  
¡cómo al amor faltan luego  
los que primero han faltado  
al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye  
tras los primeros momentos  
del ardor!  
¡Santa amistad, que concluye  
por cumplir los juramentos  
del amor!

¡Siento á fe que esta dolora  
hiera, Juana, tu ternura!  
Mas ya ves  
que toda dicha de ahora  
es siempre la desventura  
de después.

Por eso, olvidado, quiero  
ya sólo el eterno olvido  
esperar,  
aunque del mundo en que espero,  
más siento el haber venido  
que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento  
hastiado, y arrepentido  
del vivir,  
huye cual remordimiento  
que del crimen cometido  
quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,  
la vida ven placentera  
los demás,  
si la despreciara menos,  
yo acaso la aborreciera  
mucho más.

Deja ya, corazón mío,  
cuanto encuentras deleitable,  
sin saber  
que al gozar, mueres de hastío,  
galeote miserable  
del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera  
sus más aciagos momentos  
soportar,  
si en el pecho se pudiera  
algunos remordimientos  
enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,  
¿cuál de espanto retrocede  
tu candor,  
al mirar que esta dolora,  
si es buena, tampoco puede  
ser peor!

Y es que derramo sincero  
de mi dolor la medida  
sin querer,  
siempre que las aguas quiero  
de mi soñolienta vida  
remover.

Ya, cual todo penitente  
en el lodo derribado  
por su cruz,  
me agito impacientemente  
por revolverme hacia el lado  
de la luz.

Yo antes vivir anhelaba,  
mas hoy morir sólo fuera  
mi ilusión,  
si estuviere como estaba  
el día de mi primera  
comuni6n.

¡Juana! el respeto adoremos  
que aun nos liga complaciente  
al deber,  
y los lazos desatemos  
que habrá el tiempo tristemente  
de romper.

¿A qué esperar á mañana  
en dejar esto, y de aquello  
en huir,  
si aunque tú lo sientas, Juana,  
lo que no dejemos, ello  
se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo  
las huellas de buena gana  
sigo fiel.  
Cuando va el perfume al cielo,  
todo lo que siente, Juana,  
va con él.

Ya en mi inútil existencia  
sólo el ímpetu moderado  
del dolor,  
con paciencia y más paciencia,  
ese valor verdadero  
del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,  
sus culpas el alma mía  
va á expiar,  
¡perdóname, Dios eterno!  
¡Entonces ¡ay! no sabía  
sino amar!

Ya en nada inmutable creo  
más que en Dios Omnipotente;  
y también

en que engaña mi deseo  
por llevarme más clemente  
hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido  
que busco cual nunca, fuerte,  
pues ya sé  
que, aunque todo me ha vencido,  
hoy venceré hasta la muerte  
con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,  
del supremo bien que anhelo  
voy en pos.  
¿Quién será el desventurado  
que sólo mirando al cielo  
no halle á Dios?...

## LXXVII

## LA GRAN BABEL

A DON RAFAEL CABEZAS

## I

Refiere el vulgo agorero  
que de los cantos del mundo,  
el *tarará* fué el primero,  
y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos  
de *tururú* y *tarará*,  
son los últimos gemidos  
que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,  
¡dichosos, Rafael, los dos,  
si al perder la fe en la gloria,  
aun nos queda la de Dios!

## II

A un Romano un caballero  
regaló un pájaro un día  
que, lo mismo que un Homero,  
voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma  
charloteaba con tal fuego,  
que al pájaro toda Roma  
le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente  
le importunaba quizá

respondía impertinente  
el pájaro: — *Tarárá*.

— ¿Qué es *tarará*? — preguntó  
lleno el Romano de celo.  
Soñó un sabio y contestó:  
— ¿*Tarárá*? Patria del cielo.

Que á un sueño hambrienta de fama,  
se agarra la tradición,  
como un náufrago á la rama  
prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,  
ni al cabo de la jornada  
llegó el Romano á saber  
que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento  
pudo asegurar un día,  
que era el pájaro del cuento  
el que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,  
cual lo mezquino también,  
hasta aquello que merece  
de Dios y la historia bien.

## III

Pues dando á esta historia cima  
refiere otra tradición  
que siendo virrey en Lima  
nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día  
un loro experto en historia,  
el solo eco que existía  
de la peruviana gloria.

— ¿Quién fué, le pregunta el Conde,  
el primer Rey del Perú? —  
Habla el loro, y le responde  
en ronca voz: — *Tururú*.

— ¿Sabremos qué frase es esta? —  
dice á un sabio el español.  
Sueña el sabio y le contesta:  
— ¿*Tururú*? Patria del sol. —

El pobre sabio aquí miente,  
cual mintió iluso el de allá:  
¿quién renuncia fácilmente  
á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,  
cumplida ya su misión,  
se tiende sobre la historia  
como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,  
en Roma y en el Perú,

como el Griego á un *tarará*,  
llegó el Inca á un *tururú*.

¡Paciencia! en queriendo el cielo  
nuestras glorias eclipsar,  
no nos deja más consuelo  
que el consuelo de llorar.

## IV

Muy pronto, Rafael, quizá,  
por más que de ello te espantes,  
cual Homero un *tarará*,  
será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan  
viendo el eclipse total  
de estas estrellas que brillan  
en nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está  
brillando un vate cual tú,  
¿dará fin en *tarará*,  
ó acabará en *tururú*?

Corre el tiempo, y confundido  
lo grande con lo pequeño,  
juntos en perpetuo olvido  
los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba  
pues ya sabemos los dos,  
que allí donde todo acaba  
es donde comienza Dios.

## LXXVIII

## TODO Y NADA

— ¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria! —  
dije, entre humillado y fiero,  
leyendo una vez la historia  
del Emperador Severo.

Y cuando á verle llegué  
subir á Rey desde el lodo,

— Yo en cambio, — humilde exclamé, —  
no fui nada, y nada es todo. —

Mas con humildad mayor,  
ví que al fin de la jornada  
exclamó el Emperador:  
— Yo fui todo, y todo es nada. —